

El señor duque de Aiguillón

Mientras que en París y en el camino de Chanteloup todo era sentimiento y enojo, en Luciennes no se veían más que rostros alegres y sonrisas encantadoras.

Ese contraste nacía de que en Luciennes brillaba no ya una mortal, la más bella y seductora de las mujeres, como decían los cortesanos y los poetas, sino una verdadera divinidad que gobernaba la Francia.

Así, en la misma tarde de la desgracia del señor de Choiseul, el camino de Luciennes estaba cuajado de los mismos coches que por la mañana habían corrido tras de la carroza del ministro desterrado, viéndose además entre ellos á los partidarios del canciller, de la corrupción y del favor, lo cual formaba un cortejo imponente.

Pero madama Dubarry tenía su policía secreta, y sabía perfectamente por Juan los nombres de todos los que se habían apresurado á expresar á los Choiseul el último testimonio de su adhesión, y por consiguiente eran éstos excluidos de Luciennes implacablemente, al paso que el valor de los otros contra la oposición pública era recompensado por la sonrisa protectora y la vista completa de la divinidad del día.

Después que se despejó la grande fila de coches, tuvieron lugar los recibimientos particulares. Richelieu, el héroe de la jornada, héroe secreto, es verdad,

y sobre todo modesto, vió pasar aquel torbellino de felicitantes y pretendientes, y ocupó el último sillón de la salita de tocador.

— Es preciso confesar, dijo la condesa, que el conde de Bálamo ó de Fénix, ó como os plazca llamarlo, mi querido mariscal, es el primer hombre de los tiempos que alcanzamos. Sería una lástima que hoy se quemase á los brujos.

— Sí, condesa, sí; es un grande hombre, respondió Richelieu.

— Y muy amable, duque; como que me ha enca-
prichado.

— Vais á darme celos, condesa, observó Richelieu sonriéndose, al paso que se veía obligado á hablar con seriedad. Sin embargo, el tal conde sería un terrible ministro de policía.

— Ya me lo imagino, pero es un ministro imposible.

— ¿ Por qué ?

— Porque con él serian imposibles sus colegas.

— ¿ Cómo así ?

— Todo lo sabría... estaría al corriente de los más oscuros manejos.

Y al decir esto se ruborizó el mismo Richelieu, prosiguiendo de este modo :

— Por mi parte, si yo fuese su colega, desearía que me fiscalizase, que os diese parte de todas mis operaciones, porque siempre me veriais de rodillas delante de la dama, y fiel y adicto á mi rey.

— Sois el hombre de más talento que he conocido, duque; pero hablemos ya con alguna formalidad de nuestro ministerio... Se me figura que deberiais haber escrito á vuestro sobrino.

— El duque de Aiguillón ha llegado, señora, y en circunstancias, al parecer de muchos, sumamente favo-

rables. Como que su carruaje se ha cruzado con el del señor de Choiseul.

— Ese es un famoso agüero. ¿Conque va á venir?

— He creído que la presencia del señor de Aiguillon en Luciennes daría margen á toda clase de comentarios, y por lo tanto le he suplicado que se quede en el pueblo hasta que yo le avise con arreglo á vuestras órdenes.

— Que venga sin tardanza, mariscal, pues estamos ya solos ó poco menos.

— Y lo haré con el mayor placer, supuesto que hemos quedado convenidos; ¿no es verdad, condesa?

— Sí por cierto, enteramente convenidos. Vos preferís el ministerio de la Guerra al de Hacienda, ¿no es esto? ¿Ó queréis tal vez el de Marina?

— Prefiero el de la Guerra, señora, porque en el podré servir con mayor utilidad.

— Es muy justo, y hablaré al rey en ese sentido. ¿No conserváis antipatías?

— ¿Contra quién?

— Contra los colegas vuestros que elija S. M.

— Soy hombre que me avengo bien con todo el mundo, condesa. Pero permitidme que avise á mi sobrino, ya que le habéis concedido el honor de recibirlo.

Richelieu se acercó á la ventana cuando los últimos resplandores del crepúsculo iluminaban todavía el patio. Hizo varias señas á un lacayo que estaba en acecho y que al punto echó á correr.

Diez minutos después entró un carruaje en el primer patio, y la condesa volvió la vista con ansiedad hacia la ventana.

Richelieu sorprendió aquel movimiento, tomándolo como un pronóstico excelente para los adelantos del señor de Aiguillon, y por consiguiente para los suyos.

— El tío la agrada, y empieza á agradarla el sobrino, murmuró entre dientes, y esto quiere decir que seremos aquí los amos.

En tanto que se entretenía con tan quiméricas ideas, oyóse ruido hacia la puerta, y un paje de confianza anunció al señor duque de Aiguillon.

Era un caballero muy bien parecido, de bastante gracia, y vestido rica y elegantemente. Había pasado ya para él la edad de la fresca juventud, pero pertenecía á ese corto número de hombres que nunca dejan de ser jóvenes.

Los cuidados del gobierno no habían impreso la menor arruga en su rostro; no habían hecho más que agrandar en su frente aquel pliegue natural que en los hombres políticos y en los poetas es el asilo de las grandes concepciones. Sostenía erguida su hermosa cabeza, pintándose en sus facciones un tinte melancólico, como si supiese que pesaba ya sobre ella el odio de diez millones de hombres, pero queriendo probar al mismo tiempo que aquel peso no le arredraba.

El señor de Aiguillon tenía unas manos muy blancas y lindísimas; en aquel tiempo se hacía gran caso de una pierna bien formada, y la del duque era un modelo de elegancia nerviosa y de forma aristocrática; en una palabra, era dulce como un poeta, noble como un gran señor y fornido como un mosquetero. Para la condesa eran tres idealidades en una, pues en un solo modelo veía tres tipos que aquella hermosura sensual debía amar por instinto.

Por una singularidad extraña, ó mejor dicho, por un encadenamiento de circunstancias que había combinado la sabia táctica del duque de Aiguillon, aquellos dos héroes de la animadversión pública, la cortesana y el cortesano, nunca se habían encontrado en la

corte frente á frente y con todas sus respectivas ventajas.

En efecto, hacía tres años que el señor de Aiguillón se hallaba muy ocupado en Bretaña ó en su gabinete, y había prodigado poco su persona en la corte, bien persuadido de que iba á estallar una crisis favorable ó desfavorable; de que en el primer caso era mejor presentar á sus admiradores los beneficios del incógnito, y en el segundo, desaparecer sin dejar demasiado rastro, á fin de poder salir más tarde fácilmente de la síma con una figura nueva.

Y además había otra razón que dominaba todos estos cálculos; pero esta razón, aunque la mejor, es del dominio de la novela.

Antes de que la señora Dubarry fuese condesa, antes de que todas las noches mancillase con sus impuros labios la corona de Francia, había sido una graciosa, risueña y adorable joven; había sido amada, y esta era una felicidad con que no podía contar en lo sucesivo, porque todos la temían desde que se hizo llamar la querida del rey.

Entre todos los jóvenes ricos y poderosos que hicieron la corte á Juana Vaubernier, había figurado en otro tiempo en primera línea el duque de Aiguillón; pero ya que no tuviese mucho empeño, ya que la señorita Lange no fuese tan fácil como aseguraban sus detractores, ó ya que el amor del rey hubiese separado unos corazones próximos á entenderse, lo cual no redundaría por cierto en descrédito de uno ni de otro, el hecho era que el señor de Aiguillón había abandonado de repente sus versos acrósticos, sus ramilletes de flores y sus preciosos perfumes. La señorita Lange cerró también su puerta de la calle de Petits-Champs, de modo que el duque se dirigió á Bretaña ahogando sus suspiros, y la señorita Lange envió los suyos hacia

Versalles al señor barón de Gonesse, es decir, al rey de Francia.

De aquí resultó que la súbita desaparición del señor de Aiguillón ocupó muy poco á madama Dubarry, porque tenía miedo de lo pasado; pero viendo al fin que seguía el silencio de su antiguo adorador, le llamó la atención esta circunstancia, luego causó su admiración, y por último no pudo menos de reconocer en él á un hombre de muchísimo talento.

Esta distinción ya era algo por sí sola; pero no era todo, y tal vez iba á llegar el momento en que juzgaría á Aiguillón como un hombre valiente.

Es preciso convenir en que la pobre señorita Lange tenía sus razones para temer un examen sobre lo pasado. Un mosquetero, amante dichoso en otro tiempo, según se aseguraba, entró un día en el palacio de Versalles para solicitar de la señorita Lange algunos favores semejantes á los pasados; y aunque este rumor, esparcido por el mismo pretendiente, se sofocó en breve, no dejó de encontrar eco entre las paredes de la real morada de madama de Maintenón.

Ya se ha visto que el duque de Richelieu ninguna alusión había hecho, al hablar de su sobrino con madama Dubarry, á la conducta de Aiguillón con la señorita Lange y vice versa. Este silencio, por parte de un hombre tan acostumbrado á decir las cosas más difíciles, había sorprendido en extremo y aun inquietado á la condesa.

Esperaba pues con impaciencia al señor de Aiguillón para saber á qué atenerse, y si el mariscal había obrado por discreción ó por ignorancia.

En esto entró el duque.

Respetuoso con desembarazo, y bastante seguro de sí mismo para saludar á madama Dubarry, ni bien como á reina, ni bien como á una mujer común, con-

quistó con esta delicadeza una protección enteramente dispuesta á juzgar lo bueno como perfecto y lo perfecto como maravilloso.

El señor de Aiguillón estrechó en seguida la mano á su tío, quien acercándose á la condesa le dijo con acento cariñoso :

— Aquí está ya el duque de Aiguillón, señora : tengo el honor de presentaros no mi sobrino sino uno de vuestros más apasionados servidores.

La condesa miró al duque de Aiguillón, le miró como miran las mujeres cuando desconfían, es decir, de un modo propio para que nada se les escape ; pero sólo vió dos frentes inclinadas respetuosamente ante su hermosura, dos frentes que en seguida se irguieron tranquilas y serenas.

— Ya sé, mariscal, que profesáis el mayor afecto al duque, y que al mismo tiempo sois amigo mío. Suplico, pues, al señor de Aiguillón, por deferencia hacia su tío, que imite todo lo que éste haga y que pueda serme agradable.

— Esa es la conducta que me he trazado, señora, contestó el duque haciendo nueva reverencia.

— ¿ Estaríais muy disgustado en Bretaña ? le preguntó la condesa.

— Muchísimo, y creo que cuando vuelva lo estaré más.

— Nada de eso : ahí tenéis á vuestro tío el duque de Richelieu, que os va á ayudar con todo su poder.

Aiguillón miró al mariscal como sorprendido.

— Vamos, añadió la condesa, ya sé lo que es : como acabáis de llegar á París, no ha tenido tiempo sin duda el duque de hablar con vos tan despacio como desea. Por lo mismo voy á dejaros, pues conozco que tendréis mil cosas que deciros. Señor duque, ya sabéis que estáis en vuestra casa.

La condesa se retiró después de pronunciar estas palabras.

Pero había meditado un proyecto, y así no se alejó mucho.

Detrás del saloncito de tocador existía un gabinete, en el que el rey solía sentarse cuando iba á Luciennes, entre mil piezas de China de toda especie. Prefería aquel sitio al retrete, porque desde él se oía cuanto en este último se hablaba.

Madama Dubarry por lo tanto estaba segura de que iba á oír toda la conversación entre el duque y su sobrino, y lo deseaba con ansia para poder formar definitivamente acerca del último una opinión irrevocable.

El duque, sin embargo, no se dejó engañar, pues conocía perfectamente gran parte de los secretos de cada localidad real ó ministerial. Escuchar mientras otros hablaban era uno de sus medios, y hablar mientras otros escuchaban uno de sus ardides.

Tampoco debemos olvidar que estaba muy pagado del recibimiento que acababa de obtener.

Resolvió por lo tanto explotar completamente la mina é indicar á la favorita, suponiéndola ausente, un plan de felicidad doméstica y de gran poder, complicado de intrigas, doble aliciente al cual casi nunca se resiste una mujer bonita y mucho menos una mujer de corte.

Richelieu hizo que se sentase su sobrino y le dijo :

— Ya ves, duque, que me he instalado aquí.

— En efecto, ya lo veo.

— He tenido la dicha de merecer el favor de esta encantadora mujer, que miramos como reina y que lo es de hecho.

Aiguillón se inclinó.

— Te digo ahora, prosiguió Richelieu, lo que antes

no he podido decirte, á saber, que madama Dubarry me ha prometido una cartera.

— Eso se os debe de justicia.

— No sé si se me debe; pero al fin, aunque tarde, lo consigo, y como ya estoy algo cansado, pienso ocuparme de ti muy seriamente.

— Gracias, señor duque; ya sé que sois un buen pariente, pues de ello tengo muchas pruebas.

— ¿ En nada has pensado, Aiguillón ?

— En nada; lo único que deseo es que no me quiten mis títulos de duque y de par, como lo pretenden los señores del parlamento.

— ¿ Cuentas con algún apoyo ?

— No por cierto.

— De modo que hubieras sucumbido sin esta circunstancia...

— Indudablemente.

— Veo que estás hablando como un filósofo, y consiste en que yo no me explayo contigo y en que te trato más bien como ministro que como tío.

— ¡ Oh, tío mío ! vuestra bondad excita toda mi gratitud.

— Ya debes haber conocido que te preparo aquí un buen papel cuando te he hecho venir desde tan lejos y con tanta precipitación. Vamos, dime con franqueza si has pensado algunas veces en el que ha representado el señor de Choiseul durante diez años.

— Ya lo creo; como que ha sido un papel magnífico.

— ¡ Magnífico !.... Entendámonos : lo era en efecto cuando unido con madama de Pompadour manejaba al rey y desterraba á los jesuitas; pero triste y muy triste cuando después de haber partido peras con madama Dubarry, que vale mil veces más que la Pompadour, ha conseguido en veinticuatro horas que le despidan. ¡ Cómo ! ¿ nada me contestas ?

— Os escucho, señor, y anhelo saber adónde vais á parar.

— Supongo que te gusta el primer papel que ha representado Choiseul.

— Ciertamente.

— Pues bien, amigo mío, me he decidido á representarlo yo.

Aiguillón miró fijamente á su tío y le dijo :

— ¿ Habláis con formalidad ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Sois amante de madama Dubarry ?

— ¡ Demonio ! tú caminas muy aprisa; á pesar de eso veo que me has comprendido. ¡ Oh ! sí : Choiseul era muy feliz, pues manejaba al rey y á la querida de éste, y aun según se dice amaba á madama de Pompadour... En resumidas cuentas, ¿ por qué no he de hacer yo lo mismo?... Pero no; yo no puedo ser amante correspondido de madama Dubarry, y tu sonrisa burlona me lo está diciendo : ya veo que contemplas las arrugas de mi frente, mis dobladas rodillas y mi mano seca, que fué tan bella en otro tiempo, lo cual quiere decir que al hablar del papel de Choiseul he debido decir que lo representaremos entre los dos, en vez de decir que yo lo representaré solo.

— ¡ Tío mío !

— No; demasiado conoze que ella no puede amarme, y te lo digo sin temor, porque no puede oirme, yo amaría á esa mujer... pero....

Aiguillón arrugó las cejas y exclamó :

— ¿ Pero qué ?

— He formado un plan soberbio, el cual consiste en delegar ese papel, que para mi edad es imposible.

— ¡ Ah ! ¡ ah !

— Sí por cierto; algún pariente mío amará á madama Dubarry. ¡ Vaya ! es una mujer perfecta. Y te

aseguro que no será Fronsac quien tenga esa fortuna, porque es un loco, un degenerado, un necio, un cobarde, en una palabra, un bribón. ¿Serás tú, duque, por ventura?

— ¡Yo! dijo Aiguillón. ¿Estáis loco, tío mío?

— ¡Loco! ¿Cómo es que no te postras á los pies de quien te da este consejo? ¿Cómo es que no rebosa tu alegría? ¿Cómo es que no me manifiestas toda tu gratitud? ¿Cómo es que no estás ebrio de amor en vista del recibimiento que has obtenido? Vamos, vamos; ya veo que después de Alcibiades sólo ha habido en el mundo un Richelieu y que no habrá otro.

— Tío mío, replicó el duque con una agitación que si era fingida estaba admirablemente representada, concibo perfectamente todo el partido que podriais sacar de la posición que me ofrecéis: vos gobernaríais con la autoridad del señor de Choiseul, y yo sería el amante que constituyese dicha autoridad. Este plan es digno del hombre de más talento que hay en Francia; pero al formarlo solo os habéis olvidado de una cosa.

— ¿Y cuál es? ¿Serías capaz de no amar á madama Dubarry? ¿Es eso? ¡Ah! loco... mil veces loco. Dime, dime, desgraciado... ¿Es eso?

— No, tío mío, no es eso, contestó Aiguillón, persuadido de que no pronunciaba sus palabras en pura pérdida: madama Dubarry, á la que apenas conozco, me parece la más bella y encantadora de todas las mujeres; soy, pues, capaz de amarla perdidamente, de amarla tal vez demasiado, pero no es esa la cuestión.

— ¿Pues cuál es?

— La siguiente. Nunca me amaré madama Dubarry, y la primera condición de semejante alianza debe estribar en un amor recíproco. ¿Cómo queréis que en medio de esta brillante corte, en medio de esa juventud seductora vaya la hechicera condesa á distinguir pre-

zisamente al hombre que no tiene el menor mérito, al que ya ha dejado de ser joven, al que se oculta á todas las miradas porque conoce que pronto va á desaparecer? ¡Ah! si hubiese yo conocido á madama Dubarry en mi juventud, en la época de mi lozanía, tal vez hubiera podido lisonjearme la idea de obtener algún recuerdo suyo. ¡Pero ahora! ¿qué puedo ofrecer á esa perfecta hermosura? Ni pasado, ni presente, ni porvenir. Debo, pues, renunciar á semejante quimera, asegurándoos que me habéis herido de muerte al presentármela tan dorada y tan bella.

En tanto que el duque de Aiguillón se expresaba de este modo con todo el ardor de un hombre verdaderamente apasionado, mordíase los labios el mariscal de Richelieu, y decía entre dientes:

— No parece sino que este bribón adivina que la condesa nos está escuchando. ¡Demonio! es más diestro de lo que parece, y me puede dar quince y falta, por cuya razón debo vivir alerta.

Tenía muchísima razón Richelieu; la condesa lo oía todo, y cada palabra de Aiguillón penetraba como una saeta en su pecho; bebía insensiblemente el dulce licor de aquella declaración, y saboreaba el placer de aquella exquisita delicadeza del hombre que, ni aun con un íntimo confidente, había hecho traición al secreto de sus pasadas relaciones, tal vez por no echar un borrón en el retrato de la que aun amaba.

— ¿Conque rehusas? preguntó Richelieu.

— ¡Oh! sí, tío mío, porque desgraciadamente la empresa es imposible.

— ¡Á lo menos haz la prueba, desdichado!

— ¿Y cómo hacerla?

— Eres ya de los nuestros;... esto te proporcionará la ocasión de ver á la condesa todos los días; trata de agradarla, ¡qué diantre!

— ¿ Con miras interesadas ? No, no... Si tuviese la desgracia de agradarla con esa amarga idea, huiría al último rincón del mundo, porque tendría vergüenza de mí mismo.

Richelieu se rascó la barba.

— La cosa está hecha, ó de Aiguillón es un tonto, dijo para sí.

De súbito se oyó ruido en los pasadizos y algunas voces gritaron : ¡ El rey !

— ¡ Diablo ! exclamó Richelieu. Me escapo, para que no me vea aquí el rey.

— ¿ Pero y yo ? dijo el sobrino.

— Tú, es diferente, conviene que te vea. Quédate... Quédate... y por Dios no echés la sogá tras del caldero.

Dicho esto, Richelieu se escabulló por la escalera excusada diciendo á su sobrino : Hasta mañana.

XIII

La parte del rey

Habiendo quedado solo el duque de Aiguillón, se sintió al principio bastante embarazado. Había comprendido perfectamente cuanto le decía su tío ; había comprendido del mismo modo que madama Dubarry le estaba escuchando, y había comprendido, en fin, que, para un hombre de talento, se trataba en esa ocasión de ser hombre de valor y desempeñar solo el papel en que el viejo duque trataba de hacerse un asociado.

La llegada del rey interrumpió afortunadamente la explicación que por necesidad hubiera resultado de la puritana modestia del señor de Aiguillón.

El mariscal no era hombre que se dejase engañar por mucho tiempo, y sobre todo á quien gustase hacer brillar exageradamente la virtud de otro á expensas de la suya.

Sin embargo, mientras quedó solo, Aiguillón tuvo tiempo para reflexionar.

El rey llegaba en efecto, y ya sus pajes habían abierto la puerta de la antesala y se lanzaba Zamora hacia el monarca pidiéndole confites, familiaridad que Luis XV sabía pagar en sus momentos de mal humor con un papirotazo ó un estirón de orejas, muy desagradable para el joven africano.

El rey se instaló en el gabinete contiguo, y lo que